

LA «SACROSANCTUM CONCILIMUM» EN «PHASE» HISTORIA Y ANÉCDOTAS

Joaquim GOMIS

En enero-febrero de 1961 se publicaba el primer número del *Boletín de Pastoral Litúrgica*, modesta publicación del aún joven CPL, es decir el *Centre de Pastoral Litúrgica* de Barcelona (tan joven que apenas contaba con tres años de vida), boletín de apenas treinta páginas que en 1963 se convertiría en la revista que el lector tiene en sus manos: *Phase* (el padrino, es decir, quien propuso el nuevo título, dice la tradición que fue un entonces también joven sacerdote pero ya con fama de liturgista llamado Pedro Farnés Scherer). Gracias a la única historia publicada hasta ahora sobre el CPL, debida a Joan Bellavista Ramon que la trabajó con la minuciosidad propia de su especialidad de historiador medievalista, sabemos que de hecho las galeradas del *Boletín* estaban impresas ya en 1959 pero la publicación se retrasó por las objeciones del prelado. Mi impresión es que las objeciones no eran graves pero que tampoco tenía el obispo, Gregorio Modrego Casaus, demasiado interés en una publicación dedicada a la liturgia. No era su tema, como pude comprobar personalmente años después durante la primera sesión conciliar.

La paradoja fue que aquel primer número del *Boletín* salió con una presentación firmada por aquel buen prelado que empezaba con estas palabras: «Con alborozo saludamos y con efusión bendecimos la aparición de este *Boletín*, que con altas miras edita el CPL...».

Más allá de que fuera el estilo florido de aquellos años, el paso de las objeciones a la bendición tiene una explicación en los párrafos siguientes en los que se recuerda la especial valoración de la liturgia por parte de los últimos papas. Valoración que culmina con el recuerdo que Juan XXIII «anuncia para el Concilio Ecuménico la determinación de los *altiora principia* por los que deberá regirse la reforma litúrgica».

Perdone el lector que en este punto de vista mezcle historia y anécdota, las dos se complementan. El recuerdo de este inicio del camino de *Phase* quiere subrayar que desde la primera página estuvo presente lo que la ha definido: la referencia al Vaticano II y precisamente a los *altiora principia* de la reforma litúrgica. Una primera página, publicada en 1961, es decir antes de que se iniciara el Concilio y cuando se desconocía que la liturgia sería su primer gran tema, en el aula conciliar y en la repercusión popular. La anécdota es que aquella presentación que consideramos programática, casi profética, aunque llevara la firma del prelado Gregorio, arzobispo-obispo de Barcelona, de hecho fue redactada por quien puede considerarse el fundador, el primer director, Pere Tena Garriga.

1. DESDE EL INICIO, INTERÉS POR EL CONCILIO

Un repaso de los dos primeros años –aún titulado *Boletín* y sin aumento de páginas– me ha permitido constatar la presencia del interés por el Vaticano II y especialmente por su aspecto litúrgico. He repasado otras revistas religiosas de nuestro país y sorprende el contraste: la mayoría no parecen interesadas por el tema. En cambio, en cada número de nuestro *Boletín* no suele faltar alguna información, casi siempre inspirada en revistas francesas. También es frecuente que se sugieran textos o esquemas de oración para el Concilio, incluso unas sugerencias homiléticas redactadas por Joan Bellavista. Entre los artículos destacaría uno del entonces secretario de la Comisión de Liturgia preparatoria del Vaticano II, el luego decisivo y controvertido Annibale Bugnini, artículo que una «nota de la redacción» agradece especialmente por el hecho de

haber sido escrito para nuestro modesto *Boletín*, y otro del recientemente fallecido Joan Llopis, el más extenso de los publicados, con su testimonio personal después de participar en la celebración de Pentecostés en la basílica de San Pedro con el expresivo título de «El Concilio, hecho litúrgico».

En 1963, ya con el título de *Phase*, con más páginas y mayor difusión—el director, en un editorial, lo agradece y casi parece sorprendido— la revista uno diría que madura rápidamente en sintonía con el cambio que se ha producido en la Iglesia. Porque es toda la Iglesia la que ha entrado en una nueva etapa. Aunque solo se haya celebrado una sesión del Vaticano II, dedicada casi toda ella a un solo capítulo de la Constitución sobre la liturgia, repasando las páginas de la revista en aquel año, uno tiene una sensación que la realidad confirmará pronto: Juan XXIII acertó con su optimismo, un nuevo aire ha entrado en la Iglesia. Y en concreto, en lo que se refiere a la liturgia, el cambio supera las previsiones. Apenas lo encontrará dicho así, con rotundidad, el lector.

Pero ahora, cincuenta años después, se constata lo que entonces quizá no se percibía o no nos atrevíamos a reconocer. La información sobre el debate es muy amplia—un servidor estaba en Roma y, dejando de lado la tesis que debía preparar, se dedicaba mucho más a la información sobre el Vaticano II— pero lo más importante es que es toda la revista la que adquiere un aire distinto.

Precisamente hoy, 26 de septiembre de 2012, cuando escribo este comentario, Benedicto XVI en su audiencia general de los miércoles, en un texto digno de ser leído, se ha referido a que el hecho de que el Concilio empezara por la liturgia fue algo más que una casualidad y afirma que «resultó ser la mejor opción». Y es esta opción de la liturgia como centro de la vida eclesial que se abre al pueblo cristiano—el signo revelador era el paso a la lengua viva, la convicción que entonces formulaba el teólogo Joseph Ratzinger: «que la lengua litúrgica debe ser comprensible es una ley fundamental de la liturgia» (Katholikentag 1966)— es la que se nota en las páginas de la revista y que afortunadamente nunca se perderá.

2. EL NÚMERO 19

En este recuerdo de aquellos primeros tiempos no puede faltar una especial mención del núm. 19, correspondiente al enero-febrero de 1964. *Phase* se enorgullecía de ser la primera revista en el mundo que publicaba una edición bilingüe –en latín y castellano– y con abundantes notas de la Constitución *de sacra liturgia*. Fue un éxito, muy pronto salió una segunda edición mejorada. Dice Miguel Lirio, quien como ya veterano gerente del CPL ha interiorizado bien su historia, que fue un hecho y un momento decisivo para esta casa.

Y me gustaría dejar constancia de que el mérito de que *Phase* pudiera conseguir la primicia se debió al cariño que le tenía aquel gran sacerdote que fue mons. Manuel Bonet Muixí, hondo barcelonés trasplantado a la curia romana, jurista que nunca perdió la preocupación pastoral –como muestra la fundación de la Unión Sacerdotal que tan buen servicio prestó en Barcelona en tiempos difíciles–, uno de los hombres clave para superar los avatares por los que paso la renovación litúrgica conciliar, cordial y sencillo (¿puedo explicar que sin conocernos demasiado me invitó a comer en una *trattoria* para celebrar que desde el balcón Vaticano acababan de anunciar que Montini era el elegido?). Él fue quien nos envió con urgencia el texto y la traducción realizada en Roma por un grupo de liturgistas españoles y latinoamericanos.

Siempre recordaré las horas que pasamos en mi casa Joan Llopis y un servidor preparando la edición con juvenil ilusión. La misma con la que P. Tena, A. Franquesa, P. Farnés, J. Bellavista, J. Úbeda y F. Bassó redactaron las numerosas y a veces amplias notas que colocamos a pie de página. Creo que el resultado fue notable. He releído buena parte de estos comentarios y debo confesar que me ha sorprendido su tino, su calidad y claridad, especialmente si se tiene en cuenta que comentaban un texto «nuevo», virgen aún de la cantidad de literatura sabia que luego ha merecido. Incluso me he preguntado si algunos de aquellos comentarios no igualan e incluso superan otros posteriores. Como si la novedad que fue entonces la *Sacrosanctum Concilium* suscitara en los comentaristas una lucidez que luego a todos nos ha costado más conseguir.

3. SÍ HUBO PEDAGOGÍA

Los años siguientes estuvieron en gran parte dedicados a acompañar la aplicación de la reforma. Una aplicación que a veces parecía una convulsión. Lo recordamos especialmente los ya veteranos, aquellos que, por ejemplo, aún conservamos el recuerdo de lo que significó el 7 de marzo de 1975 (podría ser un test: ¿sabe qué sucedió aquel domingo?). En el CPL constatábamos recientemente que una mayoría de quienes ahora asumen las mayores responsabilidades son –si me permite la expresión– «postconciliares». Casi otro mundo del característico de quienes redactaron aquellos números de *Phase* dedicados a explicar el «cambio» (ya en el núm. 22, en el año 1964, el director debe escribir una nota «sobre el sentido de la palabra "cambio" en la liturgia»).

Repasando aquellos números de los años sesenta uno piensa cuán injusta es la acusación que ahora se repite sobre la falta de pedagogía en la introducción de la renovación litúrgica. Uno casi propondría la tesis contraria: hubo un exceso de hablar sobre la reforma litúrgica. Lo digo con humor, pero invito al lector a repasar en el excelente volumen de índices de esta revista (núm. 300) la temática de aquellos años.

Si a ello se añade que solo en esta casa se publicaba la revista dirigida por Pedro Farnés *Oración de las Horas* cuyo título es suficientemente explícito, también *Misa Dominical* con una difusión inesperada, junto con las diversas colecciones de libros (con especial mención a las promovidas por el infatigable José Aldazábal), acusar de escasa pedagogía, de poca dedicación, solo puede atribuirse a miopía. O a la ignorancia de quienes viven en otro mundo. O, quizá, al empeño de quienes desde el principio se opusieron a la renovación litúrgica conciliar, que de un modo diría que casi milagroso no solo siguen en su cruzada sino que han conseguido transmitirla a un sector de la generación siguiente. Tiene su mérito. Con todo, sea como sea, *Phase*, ni entonces ni después, ha entrado en este combate. Creo que es importante notarlo.

Debo aterrizar porque este punto de vista se ha alargado en exceso. Aunque la previsión iba bastante más allá. Otro día será, si la

dirección lo estima oportuno. Dos temas tenía previstos. Uno la evolución en el modo de tratar en *Phase* la renovación litúrgica. Es feo autocitarse pero es significativo que ya en marzo del 1967 un servidor publicara un extenso artículo titulado «La reforma litúrgica entre la crisis y la esperanza». Pienso que tendría su interés repasar cómo a lo largo de estos años los planteamientos, los enfoques, han ido variando (como por ejemplo sería interesante repasar cómo ha ido matizándose la teología litúrgica de Joseph Ratzinger). El otro tema que tenía previsto, que confieso que me encantaría tratar, es la presencia de algunos miembros del consejo de *Phase* en los organismos que fraguaron la reforma litúrgica conciliar. Especialmente de aquellos dos personajes tan distintos pero los dos tan admirables que fueron Adalbert Franquesa e Ignacio Oñatibia. Su memoria no debe perderse y en *Phase* constan textos suyos sobre la renovación litúrgica que conservan su vigencia y que sería bueno recordar.

Joaquim GOMIS

Jefe de redacción de «Phase» en los años iniciales.